

El modelo solar

(Parte 1 del capítulo X del tomo 28 de las Obras completas:
“La Pedagogía iniciática II”)

Nada de lo que podáis hacer en la vida es tan importante como asistir a la salida del Sol, porque no hay ninguna actividad que sea capaz de transformaros tan profundamente. No me creéis, claro, pero es porque no sois conscientes del poder de los rayos del Sol: son capaces de reemplazar en vosotros todos los elementos impuros, gastados, tenebrosos, por elementos divinos. El día en que hayáis aprendido a recibir los rayos del Sol abriéndoos a ellos con todo vuestro corazón, sentiréis cómo trabajan en vosotros, cómo os vivifican, cómo os regeneran, y vuestros pensamientos, vuestros sentimientos, vuestras actividades, todo será diferente.

En realidad, si la mayoría de los humanos, que son capaces de experimentar sensaciones formidables cuando comen, beben, o se abrazan, no experimentan nada ante el Sol, es porque todavía están demasiado bajo la influencia de su naturaleza inferior, que sólo reacciona a las sensaciones más groseras, mientras que los rayos del

Sol, tan sutiles, pasan desapercibidos. Pero cuando el discípulo comienza a avanzar en el camino de la evolución se vuelve tan sensible a los rayos del Sol que se producen en él unos fenómenos extraordinarios: recibe revelaciones, vive arrebatos, estados celestiales. Los rayos del Sol pueden producir en vuestro corazón, en vuestra alma, fenómenos de la mayor importancia, pero depende de vosotros el vivir estos estados, y, para eso, debéis prepararos.

¿Y qué significa “prepararse”? Pues bien, suponed que decidís asistir a la salida del Sol, pero el día anterior, o el día precedente al anterior, habéis vivido en medio de pasiones, de querellas, etc. Entonces, evidentemente, no estáis preparados: en la salida del Sol, estaréis absorbidos por los recuerdos de todos estos estados caóticos que habéis vivido, y, por mucho que el Sol esté ahí, presente, y vosotros ante él, no lo sentiréis. Mientras que, si os preparáis el día anterior, o incluso con varios días de antelación, para estar libres, lúcidos y en paz, sabréis lo que es una salida de Sol; nada puede compararse con una salida de Sol, porque en ella reemplazáis las viejas partículas que hay en vosotros por partículas nuevas, vivas.

Los rayos del Sol son pequeños vagones cargados de vituallas que el Sol nos envía cada día, y en estas vituallas hay cosas para comer y beber, pero también hay otras cosas para comprender y transformarse. Si no hacéis nada, si contentáis con estar ahí, somnolientos y estúpidos ante el Sol, dejáis pasar todos estos pequeños vagones, y después gritáis: “¡Tengo hambre!, ¡tengo sed! ¿Quién vendrá a ayudarme?” Pero en estos rayos de Sol había de todo, ¿por qué los habéis dejado pasar sin tomar nada?

Preparaos, pues, a recibir estas bendiciones, y pensad también en aquéllos que las envían, en todos estos espíritus luminosos que nos miran desde arriba, mientras hablan entre ellos. Sí, yo les he oído... ¿Queréis saber lo que cuentan? Están llenos de amor por nosotros, y dicen: “De momento, claro, las cosas todavía no van muy allá. Mirad a fulano y a zutano que están dormitando... Y a aquéllos de más abajo, que están sumergidos en sus viejos recuerdos: cómo se pelearon, o cómo se abrazaron... No se dan cuenta de que nosotros les sonreímos, de que les hacemos regalos. Todavía son niños, pero hay que tener paciencia, porque un día crecerán, un día comprenderán, recibirán nuestra luz, y se convertirán en divinidades.”

¿Veis?, los espíritus celestiales creen que nos convertiremos en divinidades, y, ante esta perspectiva, son felices. Ellos son, por otra parte, los únicos que lo creen. Lo creen porque conocen los planes del Creador, y que en estos planes está previsto que el hombre alcance el esplendor de los más bellos Arcángeles. Sí, pero para eso tiene que empezar por prepararse a mirar el Sol. Es la preparación lo que nunca está a punto. Cuántas veces os lo he dicho: “Pensad en dormiros por la noche con esta idea de que, el día siguiente, veréis al Señor mismo a través del Sol.” Pero no, no os preparáis; os acostáis, os levantáis, vais a ver el Sol, volvéis... pero, como hacéis todo eso automáticamente, no comprendéis nada, no descubrís nada. Después de tanto tiempo de mirar la salida del Sol ya hubierais debido comprender el sentido de la vida, porque él, el Sol, es el único que nos abre los ojos sobre el sentido de la vida.

Si hay un trabajo que valga la pena, es el de aprender a enviar nuestro amor, nuestra luz, para despertar las conciencias y aportar la paz y la unidad al mundo. La mayoría de los humanos se imaginan que

no existe nada más grande y más glorioso que su trabajo, que su oficio. Pues bien yo encuentro que nada puede compararse con este oficio, aún desconocido, que nadie sospecha; el de llegar a ser como el Sol, que ilumina a todas las criaturas, las calienta, las vivifica. Sí, tomar el Sol como modelo y, como él, iluminar, calentar, vivificar. Claro que no es tan fácil llegar a ser como el Sol, ni siquiera dentro de varios cientos de años lo conseguiréis. Pero al menos este ideal de llegar a ser como él producirá en vosotros tales transformaciones que, interiormente, es verdad, os convertiréis en un reflejo del Sol, y en vuestra presencia los hombres empezarán a sentirse más luminosos, más cálidos, más vivos.

Existen miles de actividades en el mundo, sobre todo desde hace algunos años que han aparecido tantos nuevos oficios. Pero ninguna actividad iguala a la de trabajar para llegar a ser como el Sol, ninguna otra puede verdaderamente satisfaceros. Mirad, hagáis lo que hagáis, vuestra actividad es algo limitado. Podéis ser químicos, astrónomos, músicos, pintores, abogados, notarios... evidentemente, una parte de vosotros se siente colmada por vuestra actividad, pero ni con vuestra ciencia ni con vuestro arte llegaréis a resolver los demás problemas de la vida, con vuestra mujer, con vuestros hijos, con vuestros amigos, incluso los de vuestra salud.

Todos aquéllos que se acercan conscientemente al Sol con el deseo de llegar a ser como él, acaban realmente aportando la vida, el calor y la luz del Sol. Y los demás, que lo sienten, vienen junto a ellos. ¿Cómo no ir hacia un ser junto al que nos sentimos vivificados, calentados, iluminados? Mientras que evitamos al que es frío, apagado, sin vida, o, si nos vemos obligados a frecuentarlo, nos cerramos a él. Mirad las flores: se cierran durante la noche, mientras que durante el día se abren al Sol. Las flores nos hablan, nos informan sobre muchas

cosas. Nos dicen: sólo podéis abrir los corazones y las almas con el amor, la bondad, la dulzura. ¿Pero quién las comprende?

Cada rayo de Sol no es, en realidad, sino un flujo de miles de millones de partículas. Cada una de estas partículas contiene un saber formidable concerniente al Sol y a sus habitantes. Por eso, si sabéis cómo recibirlas, cómo comprenderlas, cómo descifrarlas, os aportarán el saber del Sol, y no sólo su saber, sino también su amor por todas las criaturas, y, finalmente, su vida, su fuerza. Si no recibís casi nada del Sol es porque no basta con mirarlo pensando en otra cosa. Hay que saber lo que son los rayos de Sol, prepararse para recibirlos y tomar lo que aportan; si no, es inútil asistir a la salida del Sol. Si después de una salida de Sol no sentís que comprendéis mejor la creación, que tenéis un mayor amor por la humanidad y una voluntad más fuerte, es que no la habéis hecho bien. Éste es el criterio para saber si la habéis hecho correctamente: sentir que habéis hecho un trabajo, que habéis desencadenado fuerzas, y que las habéis enviado al espacio, como lo hace el Sol.

Los rayos del Sol pueden dároslo todo, pero, si vosotros no estáis preparados, si no estáis orientados convenientemente para recibir lo que contienen, no obtendréis ningún resultado. Sí, lo repito, los rayos del Sol os lo pueden dar todo, pero sólo si estáis abiertos para recibirlos y les hacéis sitio, ahí, en alguna parte dentro de vosotros.

¿Y sabéis que yo tengo un medio para progresar, un solo pequeño medio? Cada mañana constato que todavía no he comprendido nada de la grandeza, de la inmensidad del Sol, y eso es lo que me permite avanzar. La peor de las actitudes para la evolución es decirse: “¡Ah!, esto ya es conocido, aquí no hay nada que aprender”, porque,

entonces, nos estancamos, nos dormimos, y se acabó. Cada día, al contrario, hay que decirse: “¡Ah!, hoy, por fin, empiezo a comprender. ¡Ayer no había comprendido nada!” Sabiendo que el día siguiente haréis exactamente la misma constatación. Todos creen también que saben lo que es el amor. Conocen apenas los primeros grados, las primeras manifestaciones del amor, ¡y se imaginan conocerlo! Por eso están ahí, estancados, aburridos. El amor tiene millones y millones de grados; cada día hay que recorrer algunos de ellos diciendo: “Dios mío, ayer creía saber lo que es el amor, pero me doy cuenta de que no lo conocía. Ahora es cuando lo conozco.” Y el día siguiente decirse la misma cosa.

Bonfin, 4 de agosto de 1973